

LORENZO TRUJILLO DÍAZ  
FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ SÁEZ

# MEDITACIÓN SOBRE LA EUCARISTÍA

Presencia. Sacrificio. Comunión

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2008

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2008  
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España  
Tlf.: (34) 923 218 203 – Fax: (34) 923 270 563  
e-mail: ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1684-3  
Depósito legal: S. 1196-2008  
Impreso en España / Unión Europea  
Fotocomposición: Rico Adrados S.L., Burgos  
Imprime: Gráficas Varona, S.A.  
Polígono El Montalvo, Salamanca 2008

# CONTENIDO

<i>Introducción: La unidad sinfónica de la eucaristía</i> .....	9
---	---

## I. LA PRESENCIA

1. Nueva cultura, nuevo sujeto, nuevas preguntas .....	23
2. La pregunta eucarística. Búsqueda .....	47
3. La pregunta eucarística. Respuesta .....	59
4. Efectos lógicos de esta doctrina para la Iglesia .....	75
5. Fidelidad a la confesión de fe apostólica .....	85
6. Contemplación teológica de la Presencia .....	93
7. El «estar» –pascual– de Dios con nosotros .....	113
8. El misterio de la Iglesia ( <i>Lumen Gentium</i> 1) .....	123

## II. EL SACRIFICIO

9. Crisis de la Misa como sacrificio: la raíz .....	139
10. Consecuencias del rechazo de los Reformadores .....	153
11. Cultura del bienestar y sacrificio .....	159
12. ¿La más honda falsificación del Jesús histórico? .....	175
13. El sacerdocio y el sacrificio del Hijo .....	181
14. Sacrificio y sacrificado .....	213
15. Sacrificio eucarístico e Iglesia .....	233
16. Las formas de vida (estados, estilos, condiciones) del sacerdocio bautismal .....	245

## III. LA COMUNIÓN

17. La recuperación del banquete en la reforma litúrgica ..	275
18. Desmesura en el descubrimiento de la comunidad .....	285
19. El Pan de vida y el vino nuevo .....	295
20. El arduo itinerario de la caridad .....	319
21. El «ágape»: Iglesia particular o ciudad eucaristizada ..	351
22. María y la carne eucarística del Verbo .....	387
<i>Índice de nombres</i> .....	409
<i>Índice general</i> .....	415

## INTRODUCCIÓN

# LA UNIDAD SINFÓNICA DE LA EUCARISTÍA

ἡμῶν δὲ σύμφωνος τῇ γνώμῃ ἡ εὐχαριστία καὶ ἡ  
εὐχαριστία βεβαιοῖ τὴν γνώμην

Para nosotros la creencia concuerda con la eucaristía,  
y la eucaristía, a su vez, confirma la creencia.

Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses* IV, 18, 5

El objeto de estas líneas es dar al lector la posibilidad de comenzar su estudio teniendo previamente cierta idea de lo que encontrará. Lo dividimos en dos apartados. En el primero diremos algo sobre la finalidad del libro y su metodología. En el segundo, adelantaremos el fondo de su contenido teológico, el núcleo que queremos desarrollar.

### 1. *Pretensión y método*

Hemos intentado hacer teología eucarística no sólo «de rodillas», como quería Von Balthasar, sino desde su mismo interior sacramental, desde la comunión experimentada gozosamente en la misma eucaristía. Comunión con todos sus momentos y dimensiones. No nos hemos situado «fuera» para seccionar y analizar, sino dentro para mejor comprender lo que amamos. No es, por tanto, primariamente un libro que aporte nueva información, sino un escrito con la intención de confirmar la fe eucarística haciendo ver su armonía interna, la solidez y hondura de este acontecimiento único. Este intento lleva aparejadas al menos dos consecuencias. La

primera es que los autores estamos metidos dentro y no lo ocultamos; mostramos la pasión por este sacramento apasionante al ser actualidad real y eficaz de la Pasión reconciliadora que Dios Hijo ha sufrido históricamente. Tomamos partido, nos implicamos afectivamente. Eso sí: tratando de asimilar los datos que la Tradición y la teología nos ofrecen, datos riquísimos y hoy renovados por la reforma conciliar y por los grandes estudiosos de la exégesis, de la historia del dogma, de la oración eucarística. Pasión, pero objetivada, fundada; al menos eso deseáramos. La otra consecuencia: dejando de lado análisis muy interesantes, que además ya han sido realizados, hemos pretendido captar la lógica interna que subyace bajo todos los aspectos y dimensiones del sacramento y de las crisis a que se ha visto sometido. Nuestra atención no se ha dirigido, fundamentalmente, a las preciosas cuentas del collar, sino al hilo que las cose y que da forma al collar mismo. En cierto momento, al tomar plena conciencia de esto, pensamos titular el trabajo como «Eucaristía del Logos, logos de la eucaristía».

¿En qué «mirador» nos hemos situado para contemplar el panorama y no cegarnos con los árboles inmediatos? Hemos elegido los momentos fundamentales en que se han planteado grandes crisis teológicas en torno a los diversos aspectos de la eucaristía, unas crisis que han servido de crisol para purificar y discernir la fe. En la eucaristía, debido a esos momentos de crisis, se han distinguido y subrayado históricamente tres aspectos: *la presencia real* (crisis de la Alta Edad Media, de Pascasio Radberto a Berengario, culminando en la fe en la *transustanciación*); la eucaristía como *sacrificio* (crisis de la Reforma); la eucaristía como *comunión* (crisis del momento presente). Tiene ventajas situarse en el centro de las crisis: 1) Porque en ellas se capta la fragilidad de la fe y, a la vez, la pretensión de verdad de la Iglesia, su interés por el ser. Se toma en serio el lenguaje, o mejor, la realidad que nombra ese lenguaje. Son momentos en que se juega la verdad, la «traditio» fiel del misterio. Momentos privilegiados para saber y temer la posibilidad de traicionar lo más sagrado, y para alegrarse con la presencia amorosa del Espíritu Santo que conduce a la Iglesia a la verdad plena. 2) Porque nos descubren crisis sociales y culturales más amplias, crisis que desbordan el ámbito eclesiástico para remitirnos a un mundo que el Señor eucaristizado conduce al Padre. Con ello cree-

mos que se puede iluminar mejor la relación de los fieles de cada época con el misterio, y el influjo del misterio eucarístico en la mundanidad circundante. Ayuda esta perspectiva a sacar la visión teológica de un puro ejercicio hermenéutico o académico. 3) Porque las crisis han centrado la atención en la dimensión que en ese momento peligraba, con lo cual han explicado y subrayado aquello que se negaba, pero también han oscurecido los aspectos, quizá tan fundamentales, que no se debatían entonces. El seguir estas crisis nos ha parecido un camino adecuado para mostrar en la historia, tanto teológica como espiritual y cultural, una cierta ruptura de la sacramentalidad, y para animar a su integración.

Así pues, analizamos los tres momentos por separado, dedicando a cada uno de ellos una parte del libro. Pero es único el fuego de los tres crisoles, y en ese fuego hemos querido mantener siempre atenta la perspectiva unitaria. Hoy hemos de sanar una mentalidad que ha llevado la teología eucarística a callejones sin salida, y recuperar su riqueza poniendo el acento en la unidad. El sacramento como tal es ya una sinfonía, una unidad interior, la síntesis viviente de diversas dimensiones: visible e invisible, gracia y materia, hombre y Dios. Como todo lo viviente, no permite ser analizado hasta el final sino a riesgo de perder la propia vida, pues el análisis *completo* supone siempre la «autopsia», y por tanto la muerte del objeto analizado. La eucaristía es el máximo exponente de esta unidad sacramental, porque ella misma es sacramento de la unidad eclesial. Es cierto que la eucaristía ha sido enfocada históricamente desde tres perspectivas distintas: *presencia, sacrificio, comunión*. Pero hemos comprendido a lo largo del estudio que estos aspectos muestran la plenitud de vida que el sacramento cobija cuando no son separados artificialmente, sino entendidos y contemplados (como los trascendentales del ser: la verdad, la bondad y la belleza) en su mutua compenetración y recíproca referencia. La vida sacramental es, como la vida trinitaria, una vida en «perikhoresis», «circumincessio», es decir, *inmanencia mutua* de las diversas dimensiones. El estudio de la eucaristía gana en profundidad cuando deja también vislumbrar el punto infinito de su riquísima simplicidad; por eso, a lo largo del libro, consideraremos en su mutua implicación los tres aspectos que la historia ha separado, y el resultado de este esfuerzo sintético descubre un panorama precioso.

a) La *presencia* eucarística es *el don*, el fundamento ontológico continuamente regalado pero nunca agotado, siempre nuevo: es el don de la compañía personal de Dios con el hombre que culmina en la encarnación e historia del Verbo y que continúa en el camino eclesial al Reino. Pero no se trata de una presencia al margen de la entrega histórica, de la cruz, puesto que no sería, en ese caso, presencia real de este Jesús real. Y tampoco puede tratarse de un modo de estar pasivo, sino de una acción para incorporar y unificar. La presencia lleva dentro de sí la entrega histórica y la reconciliación.

b) El sacrificio es inseparable de la presencia, es su *dinamismo*: la sal y la luz de una muerte siempre celebrada que regenera la dinámica del intercambio humano en la convivencia y asegura los pasos por los que el hombre llega a ser *persona*. El sacrificio sacramental, la Cruz del Señor, se convierte en raíz de la persona. La historia, siempre amenazada por la debilidad, la tragedia y el sinsentido, se transfigura en el amor sacrificial. Por eso el sacrificio es *el modo* del «estar con», de acompañar a la criatura desde el anonadamiento realizado. Y es, como tal, la posibilidad de reconciliar y unificar, puesto que, sin el sacrificio, la unión realizada por la presencia sería tangencial; sólo quien se ha despojado de sí puede recibir al otro en la mayor hondura y unirse a él sin imponerse y anularle en el encuentro. Por el sacrificio, más que recibir nosotros la presencia, es la presencia del Sacrificado quien nos recibe a nosotros y, efectivamente, nos incorpora a Él.

c) Finalmente, la comunión, *resultado escatológico*, «res» de este sacramento único, adquiere toda su hondura en el encuentro con ese Alguien real que es el Verbo encarnado, muerto y resucitado. De otro modo no sería comunión sino complicidad horizontal, pacto y consenso utilitario o estratégico. Las tres dimensiones, en una cierta inhabitación mutua, son inseparables. Su unidad es la unidad eucarística que se traduce en comunión verdadera.

El camino elegido, penetrar a través de las crisis pero salvaguardando la unidad, ha condicionado, por supuesto, el estilo y la metodología. Nos hemos visto obligados a acercarnos al género de narración o relato. Quisiéramos decir al hombre de hoy dónde estamos y por qué, contándole el camino hasta llegar al momento presente; ser testigos de la fidelidad de la Iglesia al don recibido, a pesar de las limitaciones de cada época. No es que hayamos pretendido hacer una



historia del dogma o de la celebración litúrgica; nada de eso. Intentamos recorrer un camino que la Iglesia ha hecho con amor y con dolor, con aciertos fundamentales y con descuidos secundarios pero importantes. La narración crea pasajes que se aproximan a la expresión oral y que prescinden al máximo del estilo académico. Son imprescindibles. Son «pasos», puentes, enlaces, a través de los cuales se pretende hacer ver, visualizar. En esos momentos la explicación se convierte en retrato o en caricatura, en descripción visual, en oferta intuitiva que sitúa sin demasiadas explicaciones. Después, en los puntos clave, no hay más remedio que recordar fundamentos científicos y exponerlos, aunque la narración se haga más árida y la lectura más trabajosa. En una palabra, es un libro para leer en su conjunto más que para estudiar en sus segmentos.

Y esta lectura de conjunto requiere de cierta memorización del hilo conductor. La reiteración de ideas a modo de sumarios, el desarrollo, de cuando en cuando, de argumentos que afectan a la totalidad, quiere crear una especie de ámbito de comprensión mediante el *leit motiv* o *ritornello* que robustece la unidad interna. A modo de relato, querríamos haber escrito la epopeya de la fe eucarística, su itinerario, hasta llegar a un cierto punto conclusivo que descubre el misterio ya anunciado desde el comienzo. Y dejar una impresión de estupor o admiración; no hablamos casi del «sacramentum tantum», de la «lex orandi» y del «ars celebrandi», pero si hubiéramos conseguido, aunque sea en parte, nuestro propósito, estamos seguros de que el receptor participaría en delante de la celebración con temor y temblor, con amoroso y exquisito cuidado. Cualquier manipulación, descuido o trivialización de la liturgia eucarística ofendería su sensibilidad más honda.

Así pues, creemos haber escrito de un modo que se asemeja al género del relato. En todo caso, un tipo de relato en que la conclusión se conoce de antemano y el interés se concentra en el proceso para llegar al final; por eso el autor comienza declarando ese final y pide la complicidad del lector para desliar poco a poco el verdadero misterio, que es el mismo camino. De este modo, cada una de las tres partes comenzará planteando la crisis estudiada buscando con paciencia (la paciencia del cariño y del discernimiento) sus síntomas, peligros y posibilidades; escuchará después la palabra del discernimiento eclesial, para remitir después al lector al cora-

zón del aspecto eucarístico discernido en cada momento, y este corazón es el testimonio de la Sagrada Escritura. Desde aquí, desde el foco de la unidad, nos será posible volver a afrontar el fondo de la crisis para, intentando superar los condicionamientos que han llevado a la unilateralidad, desplegar las consecuencias eclesiales de la lógica unitaria de la eucaristía. Porque este es precisamente el núcleo y el misterio de nuestro relato: la Iglesia del Señor, en la amplitud de sus dimensiones, nacida y forjada en cada momento por la *presencia*, el *sacrificio* y la *comunión* eucarísticas de Jesucristo muerto y resucitado.

Adelantamos ahora, en el mismo prólogo, este núcleo teológico que sostiene el desarrollo de cada parte y al mismo tiempo culmina la obra en su globalidad.

## 2. *El núcleo fundamental*

En un pequeño lugar móvil y fungible, en una porción de pan y en unas gotas de vino traspasados por la plegaria, reconocemos, adoramos y nos unimos los cristianos a Jesucristo que llega, anticipando su parusía final para arrastrar a la Esposa al futuro escatológico de Aquel que viene. Ese humilde lugar, no territorial, es la primera piedra de la Iglesia de Jesús, de su Templo santo; es la simiente que luego se desarrolla en árbol frondoso donde vienen a anidar aves de toda especie. Iglesia que nace sin suelo pero con mundo interior; Iglesia que, originada extraterritorialmente del sacrificio del Esposo «fuera del campamento» (cf. Heb 13, 12-13), dará vida a la ciudad humana asentando en su centro el dinamismo de aquel sacrificio; Iglesia que amará la ciudad mientras la atraviesa, porque peregrina hacia la ciudad celestial en compañía de su Señor.

«Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón» (Hch 2, 42.46). Así describe el primer sumario de los Hechos la vida de la Iglesia naciente. La fracción del pan celebrada en las casas, en una atmósfera de escucha y obediencia a la enseñanza apostólica, en un clima de oración bajo la sombra del tem-

plo, y con una comunicación de bienes espirituales y materiales. La eucaristía es, ya entonces, el acto constituyente, el centro de la vida cristiana, la fuente de la caridad y de la comunidad, o de la caridad que es tanto como decir la comunidad. La salida de las casas familiares y la entrada en las basílicas, la publicidad y solemnidad crecientes, no hace más que pregonar en el espacio público lo que acontecía desde el comienzo.

La eucaristía ha sido, desde siempre, el sacramento de la Iglesia, de la edificación del Cuerpo cuya Cabeza es Cristo, o sea, del Cuerpo del Señor. Es el nacimiento (reconocimiento creador) de la Esposa por el Esposo que viene a desposarla y a incorporarla a sí. Con palabras del cardenal De Lubac:

San Pablo, elevando ocasionalmente al rango doctrinal lo que era una manifestación evidente de la práctica primitiva, une el misterio eucarístico y el misterio de la comunidad cristiana en un solo misterio: «El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan» (1 Cor 10, 16). Toda la Tradición comenta a porfía este texto. También los primeros teólogos que hablan de la Iglesia como del cuerpo *místico* de Cristo hacen un comentario exacto de este texto. Porque también ellos hablan de este cuerpo en un contexto eucarístico. Lo que ellos entienden con esto –no hay más que leerlos para poder comprobarlo– no es ni un cuerpo completamente invisible, ni una pálida imagen de un cuerpo real: es el «*corpus in misterio*», el cuerpo místicamente significado y procurado por la eucaristía; o, dicho de otro modo, es la unidad de la comunidad cristiana que los «santos misterios» realizan en un símbolo eficaz. O también, en otros términos, es la «unión», indisolublemente espiritual y corporativa, de los miembros de la Iglesia con Cristo presente en el sacramento. Este es, por consiguiente, el Cuerpo por excelencia, el más real, el más absolutamente «verdadero» de todos. Es el Cuerpo definitivo, con relación al cual el mismo cuerpo individual de Jesús, sin disminución de su propia verdad, puede llamarse «cuerpo figurativo»<sup>1</sup>.

Sacramento de venida para incorporar, de encuentro en el cuerpo entregado y glorificado. La Iglesia no se ha autonomizado de la

1. H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro, Madrid <sup>2</sup>1980, 111s.

acción sacramental y ésta no se ha estrechado al molde de la devoción individual. La «res sacramenti» es la «koinonía», la comunión con el Señor y entre ellos, de quienes han sido llamados a participar en el banquete mesiánico; la comunión eclesial. «Para ellos (Buenaventura, Tomás) lo específico de la eucaristía no es la presencia de Jesucristo; ésta constituye, más bien, una realidad intermedia que ellos designan como ‘res et sacramentum’, o sea, una ‘cosa’ que es, a su vez, un signo que remite a la ‘cosa’ verdadera. La ‘cosa’ verdadera de la eucaristía es la unidad de la Iglesia. La unidad de la Iglesia es la ‘res’, la ‘cosa’ de la eucaristía, aquello en aras de lo cual ésta se celebra». Ahí va encaminada la presencia eucarística del Señor, a la unidad escatológica de quienes esperan la salvación de Israel, incorporados al único sacrificio; ese es el efecto querido por Dios, la razón de ser de la eucaristía. No es un efecto externo al sacramento: puesta la causa (sacramento), se sigue el efecto moral (comunión).

*La comunión, la unidad en el Cuerpo del Señor, es el sacramento en sí:* la comunión es la misma eucaristía, puesto que no se trata de un efecto exterior a ella. Por eso ella es el final (plenitud) y estará también al final de nuestra exposición. Pero también es el principio, el propósito. La verdadera y plena recepción de la presencia real del Señor se realiza en el Banquete pascual, en la Mesa compartida. Este ha sido el gran redescubrimiento eucarístico del siglo XX y, también, desencadenante de tensiones y confusiones. Pero, ¿por qué ese redescubrimiento? ¿Es que se había olvidado algo tan esencial? ¿Qué ha pasado en la tradición teológica, para perder la visión unitaria de los diversos aspectos de la eucaristía? Es lo que nos disponemos a sondear.

### *Agradecimientos*

Queremos mostrar una gratitud muy especial: a la profesora Raquel Torres Jiménez (Universidad de Castilla La Mancha), cuyos criterios de medievalista nos han ayudado a corregir y matizar

2. W. Kasper, *Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia*, Sal Terrae, Santander 2005, 103.

nuestro texto; a Juan Serna Cruz por sus datos sobre santo Tomás, algunos de los cuales forman parte del libro; a Luis E. Molina Valverde por sus consejos sobre tradición patristica. También a Jesús Abad Ramos, a Francisco Jiménez Gómez y a Manuel Moreno Gómez (los cinco últimos, del Instituto Teológico del Seminario de Ciudad Real), Modesto Santos Camacho (Facultad de Filosofía de la Universidad de Navarra), Francisco Pérez Herrero (Facultad de Teología de Burgos), que han leído y criticado parte del original. A todos ellos agradecemos su amistad y pedimos perdón por no haber podido seguir todas sus orientaciones.

Y, finalmente, queremos dedicar este libro a Rafael Pérez Piñero, profesor de Dogma del Seminario de Ciudad Real durante cincuenta años. Le agradecemos su fidelidad a la Iglesia, su respeto a la inteligencia y la pedagogía con que ha enseñado a pensar a varias generaciones de curas y de laicos.